

La historización de sufrimientos olvidados

A propósito de Mike Davis, *Los holocaustos de la era victoriana tardía. El Niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*, Universitat de Valencia, Valencia, 2006.

Luciano Alonso
CESIL – Universidad Nacional del Litoral

¿Cuántos genocidios modernos han sido registrados? ¿Cuál es –si tal cosa puede medirse– el grado de sufrimiento al cual fueron sometidas poblaciones de las más variadas culturas y geografías que solemos incluir en nombres tan abarcadores como “la India”, “América Latina” o “África”? La enormidad de los crímenes del siglo XX suele ocupar el horizonte historiográfico, y no sólo porque sea la matriz temporal del presente sino quizás porque también involucran una inmensa cuota de violencia y sufrimiento sobre poblaciones europeas o europeizadas. Una historiografía más atenta al modo en el cual se construyeron las estructuras de dominación contemporáneas en una dialéctica entre centros y periferias puede mostrar con mucha mayor precisión y persuasión los linajes de las políticas genocidas en las regiones colonizadas. Así, Enzo Traverso nos recuerda que la violencia nazi se forma en una larga tradición de ejercicio de la coerción en los territorios ocupados con el desarrollo del imperialismo, que incluye el aniquilamiento planificado de poblaciones en el África del Sudoeste bajo control alemán hacia 1908, o Elorza y Hernández Sandoica destacan que el modelo de moderno campo de concentración se aplicó tempranamente en la guerra de Cuba, antes de ser transferido a la guerra anglo-bóer. Al fin y al cabo, la limpieza étnica y política puede ser comprendida como un correlato de la modernidad liberal, que no necesariamente se realiza con tipos y grados cercanos al genocidio sino mucho más moderados e incluso con escasa coerción¹.

¹ Mann, Michael; “La cara oculta de la democracia: la limpieza étnica y política como tradición moderna”, en *New Left Review* ed. castellana Nº 1, Madrid, 2000, pp. 20-50. Las restantes alusiones son a Traverso, Enzo; *La violencia nazi. Una genealogía europea*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003 y Elorza, Antonio y Hernández Sandoica, Elena; *La Guerra de Cuba (1895-1898)*, Alianza Editorial, Madrid, 1998. Una observación sobre la necesidad de no reducir las concepciones de limpieza étnica a la dimensión estatista y observar sus raíces religiosas premodernas en Goody, Jack; “Iconos implacables”, en *New Left Review* edición castellana, Nº 7, Madrid, 2001, pp. 5-15.

En *Los holocaustos de la era victoriana tardía*, Mike Davis aborda las políticas imperiales del último tercio del siglo XIX como equivalentes morales exactos de los actos de exterminio del siglo XX. Parte de posicionarse a favor de una reescritura de la historia que dé cuenta de las grandes mortandades del período en diversos países que iban siendo integrados de manera subordinada al orden económico capitalista, llamativamente ausentes de los trabajos de los historiadores contemporáneos. Esa ausencia sólo podría deberse a un criterio eurocéntrico en la producción académica metropolitana, omnipresente al punto que Eric Hobsbawm no menciona las hambrunas de India o China en su trilogía del siglo XIX pese a citar las de Irlanda y Rusia, o David Landes apenas les dedica un párrafo para decir erróneamente que los ferrocarriles británicos aliviaron el hambre en la India. Pero la apuesta de Davis no es sólo rescatar esas catástrofes humanitarias de impresionante magnitud que orillaron los 60 millones de muertos de la historia olvidada de esa larga centuria. El conjunto de la obra se dedica a demostrar que esos desastres no constituyeron un resultado fatídico del impacto de las sequías generalizadas y recurrentes de los climas tropicales sobre comunidades humanas al margen del moderno sistema mundial, sino que fue la incorporación a ese sistema lo que facilitó el desarrollo de las hambres más espantosas de los últimos 500 años. Para ello recupera como punto de partida a Karl Polanyi, quien aparece en el panorama del siglo XX como el único gran historiador de la economía que tuvo la perspicacia de interpretar las grandes hambrunas victorianas como efecto combinado del comercio libre de cereales, la pérdida de ingresos de los productores locales y la destrucción de las instituciones y pautas culturales comunitarias por el desarrollo capitalista.

El texto de Davis se organiza en dos grandes momentos. Las primeras secciones desarrollan una narrativa de la vulnerabilidad de algunas sociedades frente a las hambrunas del último tercio del siglo XIX, en especial las de India, China y el Sertao brasileño pero tocando también mucho más ligeramente otros casos como los de Corea, las Indias Orientales Holandesas, Etiopía, Sudán y Egipto. Las explicaciones sobre la extensión e impacto de las grandes carestías se cifran allí principalmente en la crítica de las políticas coyunturales seguidas por gobiernos coloniales o por estados sometidos a un colonialismo informal, en el final del auge algodonero y en las recesiones económicas mundiales. Pero por otro lado, las secciones siguientes recurren a factores explicativos más profundos y generales, como ser la lógica del mercado mundial, el declive de los sistemas de riego autóctonos y el predominio estructural de cultivos comerciales, las consecuencias de larga data de los asentamientos coloniales y, por supuesto, las oscilaciones de los climas monzónicos. A lo largo de los

distintos capítulos el autor se ocupa de registrar “*decenas de ejemplos de interacción maligna entre los procesos climáticos y económicos*” (p. 24), acompañando los textos con fotografías escalofrantes que tienen la deliberada “*intención de acusar, no de ilustrar*” (35).

En todos los capítulos se detallan variaciones regionales para demostrar que, incluso cuando la escasez de agua y la pérdida de cosechas podían ser de las peores en muchos siglos, casi siempre había excedentes de cereales en otras regiones de un país o de un imperio que podían haber rescatado a las víctimas, de haber funcionado los sistemas tradicionales de compensación o distribución. Si la sequía en sí no es un fenómeno puramente climático, sino que depende de la relación entre la variabilidad habitual de las precipitaciones y las técnicas hidráulicas de los agricultores, la hambruna tampoco es una cuestión explicable por una causalidad natural. El hecho de que la pérdida de las cosechas produzca o no una hambruna está relacionado con las condiciones de control sobre los alimentos disponibles. Que los cadáveres se apilaran en todo el sur de la India mientras los granos se acumulaban en los almacenes de Madrás, comidos por las ratas a la espera de ser exportados a un nuevo mercado mundial de alimentos y materias primas, es un acontecimiento tan social y políticamente condicionado como la brutal diferencia que un misionero estadounidense observaba en una plaza de Jubbulpur entre “los restos huesudos de seres humanos implorando una pizca de grano y la prosperidad rolliza e indiferente de las castas comerciales locales” (capítulos 1 y 5, entrecomillado p. 179). Muy pocas veces en la historia se produce en un espacio geográfico una sequía absoluta en la cual no valgan los esfuerzos por compensarla, como la de Etiopía hacia 1890.

La primera parte de la obra está dedicada al estudio de la gran sequía de 1876-1878, y el capítulo dedicado a la India puede dar cuenta de la tónica de la sección. Davis analiza en detalle la política criminal del virrey Lord Lytton, poeta favorito de la reina Victoria convertido en actor principal de la inoperancia del estado colonial frente al desastre. Describiendo un complejo entramado de decisiones gubernamentales y de posicionamientos personales de los diversos agentes comprometidos en la situación, consigue demostrar cómo los presupuestos liberales y maltusianos de los burócratas y oficiales británicos se conjugaron con las conveniencias de la política metropolitana para agravar hasta límites inimaginables las consecuencias de la sequía. Las hambrunas regionales no sólo no fueron cubiertas con los excedentes de otros territorios –como era habitual en los intercambios precoloniales–, sino que además los granos disponibles fueron almacenados o exportados a la metrópoli sin que hubiera controles sobre acaparamientos o precios, los socorros fueron inconexos, la capacidad

punitiva del estado se volcó a la represión de los motines de subsistencia y legiones de pobladores famélicos fueron alojados en verdaderos campos de concentración, con un régimen de duro trabajo obligatorio a cambio del cual recibían raciones inferiores a las que los nazis aplicarían más tarde en Buchenwald. El resultado: de unos seis a diez millones de muertos por la combinación de hambre, pandemias y agotamiento, variables según los criterios de cálculo. Una élite colonialista convencida de la necesidad de dejar actuar a los mercados en la senda de Adam Smith, de los postulados de un darwinismo social expresamente basado en Herbert Spencer y del inevitable ajuste de población mediante la desaparición de un alto porcentaje catalogado como económicamente inútil, no podía menos que favorecer una de las mayores catástrofes alimentarias de la era moderna.

La segunda parte analiza los efectos de El Niño en conjunción con el nuevo imperialismo en el período 1888-1902. La matriz de interpretación de los ciclos largos de la economía al estilo de Kondratieff y de las oscilaciones climáticas regulares identificadas por Bjerknes es combinada explícitamente con los teóricos clásicos del imperialismo. Las mayores sequías registradas para los climas monzónicos del planeta son estudiadas en contextos puntuales junto con la presión de los estados metropolitanos en la desarticulación de estructuras de poder nativas, las rápidas transformaciones de la propiedad de la tierra, la imposición de cultivos comerciales o de acuerdos para la liberalización del comercio. Y en tanto la historia del imperialismo es también la de las resistencias a su expansión, Davis se detiene en los movimientos milenaristas y levantamientos que sacudieron a amplias regiones del globo hacia la década de 1890 e inicios del 1900, como la Rebelión de los Bóxer en China, la Revolución Tonghak en Corea, el auge del extremismo indio o la Guerra de los Canudos en Brasil. Analizados como movimientos de resistencia frente a las hambrunas, estos milenarismos radicales representarían una afirmación del derecho a existir frente a estructuras económico-políticas que agravaban las consecuencias negativas del clima. Distintamente de los motines locales y de los muy escasos ejemplos de organización insurreccional de la década de 1870 en áreas castigadas por hambrunas terribles como India y China –interpretados por Davis como efecto de la desmovilización provocada por el uso masivo del terror en la represión de rebeliones como las de los Cipayos y la Taiping–, los grandes movimientos de la década del '90 serían una respuesta directa a las condiciones de desestructuración social y política a la que eran sometidas las poblaciones periféricas.

Para analizar el papel de la naturaleza en la generación de condiciones favorables a la hambruna y a la extensión de los conflictos sociales, Davis recurre a los estudios

medioambientales para analizar cómo los desplazamientos masivos de la posición estacional de los principales sistemas climáticos tropicales generan sequías sincrónicas. Hace foco para ello en el fenómeno de alteración de las corrientes de aire y de las temperaturas cálidas del Océano Pacífico conocido como El Niño – Oscilación del Sur (ENOS), diferente en las investigaciones climatológicas de la débil contracorriente que aumenta ligeramente la temperatura del mar frente a las costas de Perú y Ecuador todos los años hacia la fecha de la Navidad. El ENOS supone una fase cálida que ocupa toda la cuenca pacífica e incluso se extiende al Índico, e implica sequías regulares en la mayor parte de los trópicos monzónicos, en el norte de China y en el nordeste de Brasil.

Desde esa tercera parte puede avanzar a la cuarta y final sección del texto, en la que propone revisar los acontecimientos del último tercio del siglo XIX en términos de una “ecología política de la hambruna”. Tras plantear un marco general retorna allí a los tres grandes ejemplos de India, China y Brasil. Rearticula sus observaciones sobre India para demostrar el rol estructural del estado colonial y los efectos de una inclusión acelerada en el sistema mundial que tuvo como pilares la extensión de los cultivos comerciales del algodón y el trigo, el cercamiento de las tierras en régimen de propiedad privada monopolista y la decadencia de los sistemas hidráulicos autóctonos. Detalla la desestructuración de las instancias organizativas del estado chino entre los siglos XVIII y XIX por la presión del colonialismo occidental y su decisivo impacto en la destrucción de los graneros imperiales, en la crisis ecológica y en la decadencia del sistema de canales y riego. Registra por fin los efectos del colonialismo informal en el Brasil y las tensiones provocadas por políticas públicas racistas y un proceso de involución económica en la zona del nordeste.

La presentación general del texto, realizada con un vocabulario académicamente riguroso y con un amplio recurso a fuentes, produce un cierto efecto moral. Hay algo de aterrador en las cifras, los relatos, las imágenes, que puede conducir no sólo a la comprensión del problema sino además a una saludable indignación. ¿Es una narración así equiparable al recuento de las violencias cometidas por regímenes como el de la Alemania nazi, la Rusia stalinista, el Comité de Unión y Progreso de los Jóvenes Turcos o tantos otros émulos de menor envergadura? Seguramente que sí, porque de lo que se trata es de registrar las increíbles cuotas de sufrimiento generadas por una estructura de dominación determinada, sobre poblaciones consideradas inferiores a aquellas que detentan el control de los principales dispositivos económicos y políticos, o al menos superfluas para el desarrollo de un mundo spenceriano basado en la acumulación de capital a escala planetaria.

Más aún, el texto de Davis presenta expresamente los modos en los cuales el hambre fue utilizada como un dispositivo de dominación y control por los agentes de un nuevo imperialismo. Cada sequía global del último tercio del siglo XIX aparece asociada a embates en la carrera de los países centrales por controlar territorios. Los ingleses usaron y hasta provocaron el hambre para doblegar a los zulúes –e incluso barajaron la opción del aniquilamiento total–, los italianos aprovecharon la hambruna para entrar al Cuerno de África, los alemanes para lograr concesiones del Imperio Chino y los estadounidenses para eliminar la República de las Islas Filipinas. En rigor, la conclusión del texto está varios capítulos antes de su final, cuando hacia las páginas 313-348 el autor define “Los orígenes del Tercer Mundo”. La economía de la era victoriana supuso no sólo el auge del desarrollo europeo-estadounidense en contra de sociedades asiáticas progresivamente incorporadas al sistema mundial en forma subordinada, sino además el sostenimiento de la fase de declive de la hegemonía inglesa por las transferencias de sus colonias formales e informales y, en consecuencia, la estabilidad general del capitalismo por su capacidad extractiva respecto a las periferias. En ese contexto, las hambrunas facilitaron la expansión imperial y la imposición de políticas favorables a los países metropolitanos. La aplicación del patrón-oro, el militarismo agresivo y los distintos modos de dominación sobre las poblaciones sometidas hicieron el resto. La formación del tercer mundo y la proyección de una sociedad mundial profundamente desigualitaria hacia el siglo XX aparecen así asociadas a una era de catástrofes previa.

Se acepte o no la interpretación general de Davis y sus análisis de detalle, el texto presenta un segundo nivel de abordaje en la dimensión de los modelos disciplinares. Podemos ubicarlo dentro de lo que se da en llamar la sociología histórica, que Geoff Eley identificaba en los años noventa como una alternativa a la “crisis de los grandes relatos” y a la “historia en migajas” de la década anterior². Sin dudas la misma superación de esas posiciones radicalmente fundamentalistas y hasta irracionalistas en el plano de la historiografía se está produciendo por un retorno a narraciones explicativas de amplio espectro temporal y espacial, que nunca han dejado de estar presentes en el mundo académico más allá de los efectos –y las enseñanzas– de variados posmodernismos. Puede observarse también que la conclusión de Davis sobre la articulación entre elementos “naturales” y “sociales” en la expansión europea

² Eley constataba entonces la producción de “...un cuerpo considerable de sociología histórica –mucho más que antes– organizado dentro de las problemáticas de la formación de los Estados, la emergencia del capitalismo, desarrollos políticos comparados, revoluciones, entre otros (...) Esto crea una interesante yuxtaposición. Por un lado, los diagnósticos radicales de la «condición posmoderna» están proclamando la caída de las grandes narrativas; por otro lado, los más ambiciosos sociólogos históricos están definiendo su proyecto de producción de... un nuevo surtido de grandes narrativas”. Eley, Geoff; “¿El mundo es un texto? De la Historia Social a la Historia de la sociedad dos décadas después”, en *Entre pasados* N° 17, Buenos Aires, 1999, p. 90.

no sólo se inscribe en un nuevo marco de investigaciones sino que registra antecedentes variados, como por ejemplo la concepción de Alfred Crosby de una relación entre la complejidad de las biotas y los procesos de colonización de sociedades como las indígenas americanas o australianas³. No casualmente los trabajos de estos dos autores se remiten a los estudios pioneros de Emmanuel Le Roy Ladurie, sea para tomarlos de base, sea para ir más allá y postular interpretaciones divergentes pero respetando en ambos casos sus pretensiones macrohistóricas.

Por otra parte, el texto se enlaza explícitamente con una línea de interpretación del nuevo modelo imperialista de fines del siglo XIX e inicios del XX cuyos exponentes fueron Hobson, Lenin y principalmente de Rosa Luxemburgo. La interpretación que esta última dio del proceso de acumulación del capital a nivel mundial es de una importancia central en el libro. Primero, porque sirve de correctivo a la visión más espontaneísta del desarrollo de los mercados que presentaba Karl Polanyi y le permite a Davis remarcar el papel “absolutamente relevante” de la fuerza –la violencia pura y nuda o su amenaza– en la construcción de las relaciones mercantiles dominadas por el capital, a través de procesos históricos concretos. Luego porque si bien apenas merece dos citas y una mención a lo largo de 440 páginas, la explicación de Davis sobre la constante punción económica por parte de los países imperialistas, el funcionamiento de la economía mundial con el traspaso de excedentes de las periferias al centro y la postergación del ocaso de un ciclo hegemónico del capital por esas transferencias, se basan claramente en los planteos de Luxemburgo.

La historia del imperialismo no es precisamente una novedad en el panorama historiográfico. Menos aún la historia del clima. Sin embargo, Davis no está haciendo ni una ni otra cosa. Construye un objeto peculiar con múltiples aristas y trata de combinar perspectivas en su abordaje. Así, inscribe su obra en un método de aproximación a la historia de las crisis de subsistencia inaugurado en la década de 1980 por Michael Watts y David Arnold. Su “economía política del hambre” –o “ecología” en los términos de Watts y su grupo– trata de vincular los enfoques de la historia medioambiental con los de la economía política marxista. En términos de Charles Tilly, Davis realiza lo que podemos definir como una comparación globalizadora al colocar los distintos casos que analiza como variaciones en la formación de un mismo sistema histórico. Realidades sociales tan diversas como las de India, China y Brasil son homologadas en el enlace de los efectos regulares de alteraciones climáticas con la matriz económico-política del desarrollo imperialista. Pero al mismo tiempo va presentando

³ Crosby, Alfred W.; *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa. 900-1900*, Ed. Crítica, Barcelona, 1988.

comparaciones diferenciadoras, con la identificación de las peculiaridades de cada caso y variaciones del fenómeno por diferencias sistemáticas⁴. En el despliegue de la argumentación va señalando las distintas cesuras reconocibles en las sociedades abordadas, cuya interacción conflictiva determina los modos en los cuales se resuelven las situaciones particulares. Presta especial atención a las divisiones de clase y a las diferenciaciones étnicas, realizando también observaciones sobre la situación de los grupos de mayor vulnerabilidad, como mujeres, niños o castas de inferior condición.

No deja de considerar algunos elementos distintivos de los marcos culturales propios de las comunidades sujetas a la presión combinada de la sequía y de la punción o el abandono imperialista. En ese registro pueden contarse las alusiones a la presencia del canibalismo en China y su ausencia en la India, o las características simbióticas del milenarismo brasileño. Pero esas menciones no dejan de ser marginales al nudo argumental. El único aspecto cultural al que se le da un rol de importancia es la ideología liberal imperialista, asentada en los clásicos de la escuela escocesa de la economía política y en la visión spenceriana de la supervivencia del más apto, que habría servido como elemento justificativo de políticas lisa y llanamente genocidas. En este caso podría achacarse a Davis que en su negación de la visión más culturalista de Polanyi evacua casi completamente esa dimensión como una variable explicativa. Contra esa observación, a su vez, es factible defender que la macro-explicación asentada en las variables climáticas, económicas y políticas cubre la variedad de las experiencias culturales.

En resumen, el texto provee un nuevo y convincente “gran relato” en el cual los actores son tanto las poblaciones sometidas y los agentes imperialistas como las alteraciones recurrentes del clima monzónico y las condiciones ecológicas de los suelos regionales. Eso supone una admisión de que hay fuertes condicionamientos naturales a la acción humana que pueden tener incidencia directa sobre la evolución de las sociedades, pero también que los efectos de fenómenos asociados a los ciclos naturales se encuentran mediados socialmente, tanto en función de la capacidad de respuesta de esas sociedades como por las modificaciones del medio ambiente producidas por esa acción. Esta concepción de una vinculación fuerte entre medio ambiente y sociedad, unida a la articulación entre tradiciones analíticas diversas, bastaría para insertar el texto en el marco de estudios que renuevan nuestra visión de aquello que se suele llamar todavía desarrollo y subdesarrollo. Además, la recuperación de una teoría

⁴ Los modos propuestos por Tilly son los de las comparaciones universalizadora, globalizadora, diferenciadora e individualizadora. Cf. Tilly, Charles; *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza, Madrid, 1991.

del imperialismo reinstala un tópico que había quedado oculto en la equivocada noción de una “globalización” uniforme. ¿Nos remitiría esto a una vieja historiografía de corte marxista? O mejor, ¿puede considerarse este texto un producto historiográfico?

Formalmente Davis es sociólogo –aunque también se autodefine como sindicalista y urbanista– e imparte docencia en la Universidad de California – Irvine. ¿Implica esa adscripción disciplinar que *Los holocaustos...* no es un libro de historia? Contra la suposición de que la historia puede defender como propio lo singular frente a las generalizaciones de la sociología, o que la primera opera por sumatoria de casos empíricos hasta llegar a la interpretación en tanto que la segunda supone la aplicación a la realidad de teorías ya definidas, Davis no se reduce a ninguno de esos estereotipos. El libro muestra un constante ir y venir entre acontecimientos puntuales y grandes movimientos de conjunto, entre historias particulares y narraciones agigantadas. Si los geógrafos y los sociólogos encontrarían satisfactorias las visiones macroscópicas de las tendencias seculares, los historiadores preocupados por la reconstrucción documental de acontecimientos se verían sorprendidos por relatos detallados de acontecimientos o procesos. El autor consigue relacionar persuasivamente el análisis del ENOS y de la economía mundial con el carácter indolente de Lytton o acomodaticio de sus subordinados. Es cierto que en el caso de la India se nota una mayor presencia de las fuentes primarias, mientras que en los restantes se recurre por regla general a las secundarias, pero el efecto de conjunto es el de un escrito equilibrado.

Hay aquí una estrategia de investigación que Waldo Ansaldi ha identificado como la detección de “regularidades causales... en procesos históricos bien definidos o específicos, sobre los cuales se persigue ofrecer una explicación adecuada... / A la hora de formular la explicación, se apela a dos o más teorías preexistentes, las cuales se confrontan con los datos históricos, o bien se genera la explicación teórica de manera inductiva, descubriendo... las llamadas por Arthur Stichcombe, ‘analogías causalmente significativas entre casos’”⁵. El modo de historización que propone Davis no se encorseta en los viejos y todavía resistentes clichés, sino que puede ser pensado como exponente de una renovada manera de dar cuenta del pasado en la cual no importa la adscripción disciplinar sino la conjunción de modos de explicación y de líneas argumentales. Probablemente, su libro sea una buena ilustración de que la única manera “correcta” de hacer historia es precisamente articulando distintas maneras. Lo único y la regularidad, la diferenciación y la generalización, la conjunción de

⁵ Ansaldi, Waldo; “De abejas, de arquitectos y de carpinteros. A propósito de «Historia y ciencias sociales», un artículo de Carlos Astarita”, en *Sociohistórica* N° 11/12, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2003, p. 19. La propuesta de identificación de estrategias de Ansaldi está basada en algunos planteos de Theda Skocpol, que utiliza como punto de partida para su debate con Astarita a en torno a la sociología histórica.

variables y la causalidad de múltiples determinaciones. En esa forma de historización podemos quizás intuir una nueva matriz disciplinar, más preocupada por dar cuenta del por qué de determinados procesos y acontecimientos que por responder a un modo canónico de investigación y escritura.

Por último, *Los holocaustos de la era victoriana tardía* plantea una fuerte cuestión ético-política. Contra la pretendida separación entre juicios valorativos y juicios declarativos, muestra por enésima vez que es posible generar un relato que no sólo sea convincente en tanto reseña de hechos sociales y explicación sobre causalidades y funcionamientos, sino que al mismo tiempo sea un alegato contra la barbarie. Y eso se logra llamando la atención sobre aquello que al condescendiente mundo europeo y estadounidense le cuesta admitir, y que es ni más ni menos que su directa responsabilidad en la destrucción de civilizaciones y en la generación de las desigualdades manifiestas en el mundo actual. En ese sentido, el texto no debería ser sólo una referencia para los interesados en la historia afro-asiática o del imperialismo, sino también para quienes estudian el desarrollo europeo como efecto de un puro despliegue de las fuerzas productivas modernas o para los que abordan la formación de los diversos liberalismos haciendo abstracción de sus efectos prácticos.

Parafraseando a René Lourau, toda sociedad tiene un cadáver en la alacena que queda como huella de la violencia sacrificial que presidió su nacimiento⁶. El libro de Davis es un implacable llamado a prestar atención a esos millones de vidas que se consumieron –y se consumen– en la formación de una sociedad mundial y que hemos relegado al lugar de los incontables sufrimientos olvidados.

⁶ Lourau, René; “Instituido, instituyente, contrainstitucional”, en Ferrer, Christian comp.; *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Ed. Altamira, La Plata / Buenos Aires, 1998, p. 112.